

Capítulo LXVI.

Nuevo costeo de Cuba.

Dejemos á Pedro Margarite intentando explorar el Cibao, y Alonso Velez mandando la fortaleza de Santo Tomás, que más tarde veremos las escenas en que uno y otro tomaron parte.

Sigamos á Colon que proyectaba, mientras sus capitanes exploraban aquella mansion del oro, no desengañado aún de sus ilusiones, hacer un viaje para descubrir al Cathay y los demás países del extremo oriental del Asia que deseaba encontrar, porque tan magnífica pintura de ellos habia leido en los escritos de Marco Polo.

Resolvió costear toda la isla de Cuba, desde el paraje en dónde la habia abandonado en la primera expedicion, para explorar despues el Sur.

Pasando por Monte Christi, se detuvo en el puerto de la Navidad.

Uno de los indios que habian acompañado al cacique que tanto habia intercedido en favor de su compañero condenado á muerte, habia dicho á Diego el intérprete que Cuacanajari habia vuelto con los suyos al territorio de Marien.

No podia acostumbrarse Colon á la idea del perjurio del rey de Haiti.

Atribuia su fuga á influencias de los otros caciques, y no dudaba que si podia tener una entrevista con él, volveria á reconquistar su amistad, más que nunca preciosa para él en aquellos momentos.

Ancló, pues, por lo tanto, en la fortaleza de la Navidad, y envió á Diego con algunos hombres á que ofreciese de su parte el perdon á Guacanajari, invitándole á que pasase á bordo para celebrar con él una entrevista.

Era cierto que Guacanajari, al saber que los españoles se habian establecido en la colonia de la Isabela, habia vuelto á su territorio y aliviaba sus penas con el amor de Flor de Palma,

Pero este lazo que le habia unido con la jóven india de Boriquen, debia ser el enemigo más formidable que tuviera su reconciliacion con el almirante.

Sintió en extremo Guacanajari haber vendido á aquellos hombres que tan bien le habian tratado, que tantos agasajos le habian hecho y que eran para él enviados del cielo.

A estar sólo, la llegada de los buques al puerto le hubiera hecho acudir enseguida á implorar gracia de Colon.

Pero Flor de Palma, que le dominaba por completo, apenas tuvo noticia de que se divisaban las carabelas:

—Vienen en busca nuestra,—le dijo,—es preciso que huyamos á donde están Caonabo y los valientes guerreros que han de librarnos de la opresion de los españoles.

Guacanajari obedeció á su amada y se retiró con los suyos, razon por la cual los enviados de Colon encontraron desiertas las aldeas de Marien.

Fué preciso renunciar á aquella esperanza, y continuar el viaje llegando el 29 de Abril al puerto de San Nicolás, desde donde descubrió el confin de Cuba, que habia llamado en su anterior viaje Alfa y Omega.

Los naturales del país le llamaban Bayatiquiri, y es el que hoy se conoce con el nombre de Punta Maysi.

Un canal de diez y ocho leguas de latitud abrió camino á las embarcaciones, y costeano el Sur de Cuba, llegaron las carabelas á un puerto cuya extension inspiró al almirante el nombre de Puerto Grande (J.)

A poca distancia descubrieron los marineros algunas chozas, y los hogares, que despedian humo en varios sitios, indicaban que aquel país estaba poblado.

Desembarcó Colon con algunos hombres y con su intérprete, se acercó á la choza, recorrió las orillas del lago y halló las habitaciones desiertas, los hogares abandonados.

Todos los indios habian huido al ver las carabelas, refugiándose en las montañas y en los bosques.

Sin duda alguna les habian sorprendido en el momento en que se preparaban á celebrar un festin, porque en las chozas sobre todo habia ya preparados peces, utias y guanacos, que vinieron como llovidas del cielo á los españoles, cuyas provisiones, como ya he dicho, escaseaban en alto grado.

Despues de saborear aquellos manjares, vieron en lo alto de una colina á una porcion de indios que los estaban observando, con el terror pintado en el rostro.

Colon dispuso que fueran á su encuentro, y apenas comenzaron á andar en aquella direccion, desaparecieron los indios como temerosos de que les cogieran.

Uno sólo que observaba las señas que le hacian los españoles, se detuvo.

Diego el intérprete se acercó á él, le manifestó en nombre de su amo que iban animados todos de las mejores intenciones, que les brindaban paz y amistad, y que si acudian á su encuentro les ofrecerian regalos preciosos.

Esto bastó para que, apaciguado el temor de los naturales del país, acudiesen al lado de los españoles, mostrando en sus maneras y en sus palabras un

carácter pacífico y tan afectuoso como el de los habitantes de Haití.

Entonces supo Colon que los manjares que habían devorado sus compañeros estaban preparados para un banquete con que el cacique de aquella parte de la isla se proponía obsequiar al jefe de otro departamento.

Animado por un espíritu de justicia y al mismo tiempo deseoso de dejar buenos recuerdos entre aquella gente, les indemnizó con regalos de las pérdidas que el apetito de los españoles les había hecho sufrir y al separarse de ellos se despidieron de él con las mayores muestras de afabilidad.

El primero de mayo prosiguieron las embarcaciones su viaje con rumbo al occidente, costeano un país de los más pintorescos y viendo con placer que los naturales del país acudían admirados á ver los buques y brindaban á los marineros las frutas y provisiones que tenían invitándoles á que desembarcasen.

Algunos más atrevidos se acercaban á las embarcaciones en ligeras canoas y llevaban pan de cazabe, pescado y agua para ofrecerlo á los españoles.

En cambio de estos dones les regaló Colon casca- beles y cuentas de abalorio dejándoles en extremo agradecidos.

Siguiendo la costa llegó á una inmensa bahía de estrecha entrada, pero de anchuroso seno, sobre la que se levantaban por un lado elevadas montañas y por el otro se extendía una pradera salpicada de chozas y con campos tan bien cultivados, que parecían

desde lejos huertas y jardines como los que tantas veces habían visto los españoles en las ciudades árabes que conquistaban.

En él ancló Colon (K), siendo objeto de las mayores atenciones por parte de los indios.

Animado por la buena acogida que le dispensaron y deseoso de realizar cuanto antes el propósito de su viaje, por medio del intérprete les preguntó si sabían dónde había oro.

Todos le respondieron indicándole al Sur una gran isla en donde aquel metal se hallaba en gran cantidad.

Lo mismo le habían dicho en el primer viaje; se confirmó más y más en que aquella era la isla de Babeque, y deseando explorarla, el día 3 de Mayo, siguiendo por el Occidente hasta un alto promontorio, viró al Sur, abandonó la costa de Cuba y siguió por alta mar el derrotero de la famosa isla.

Capítulo LXVII.

La Jamáica.

La tierra de promision con que soñaba el almirante debía ofrecerle un gran desengaño; y por desgracia, siendo una de sus primeras conquistas, debía verse más tarde en poder de otra nacion envidiosa de los de los descubrimientos de España y sedienta de poderío en todas las posesiones de allende el mar.

Aquella isla, que muy en breve debía aparecerse á Colon como un nuevo Paraiso, con verdes y risueñas montañas, con praderas granosas y esmeradamente cultivadas, aquella isla, respetada por los caribes, la más apartada de otras islas que habia en aquella parte del Océano, era la Jamáica.

Dos dias y dos noches tardaron en llegar las carabelas á la costa.

Al acercarse, multitud de canoas llenas de indios adornados con plumas de aves y embadurnados con pinturas simbólicas se adelantaron en actitud hostil hácia las embarcaciones de Colon; cerca de ellas prurrieron en espantosos gritos, manifestaron su fiereza blandiendo lanzas de acana, y parecian resueltos á combatir á aquellos mónstruos que se les presentaban, dando desde luego á los españoles una idea de su carácter belicoso la audacia con que desafiaban el peligro que no conocian.

Una de las canoas llegó á acercarse hasta la *Santa Clara*, en donde iba Colon, y para apaciguar sus impetus les habló Diego en nombre de su amo, les hizo varios regalos, y les manifestó que iban, no á pelear, sino á buscar su amistad.

Retiráronse las canoas, y las carabelas continuaron avanzando hácia un puerto muy próximo, rodeado por un paisaje tan encantador que el almirante le llamó Puerto de Santa Gloria. (L)

Allí pasó la noche, y al dia siguiente, tomando el rumbo oriental, recorrió la isla buscando un puerto abrigado para carenar su embarcacion y calafatearla, porque hacia bastante agua.

Al anochechar del dia siguiente halló lo que anhelaba, y envió en los botes algunos marineros á sondear la entrada del puerto.

Dos grandes canoas llenas de indios acudieron al encuentro de los botes, rompiendo desde luego las hostilidades.

Pero las lanzas que les arrojaban desde lejos no

llegaban hasta los botes, razón por la cual no sufrieron herida alguna los tripulantes.

Colon tenia vivos deseos de captarse el afecto de los habitantes de aquellas islas, y dispuso que regresasen los botes y entrasen en el puerto.

La costa estaba llena de indios, cuyo aspecto se diferenciaba mucho del de las islas que anteriormente habia visitado.

Cubrian parte de su cuerpo con hojas de palma, y adornaban su cabeza con cimeras y diademas rodeadas de grandes y vistosas plumas.

El pecho, los brazos y las piernas, lo mismo que las mejillas y la frente, estaban adornados de pinturas de colores, y muchos de ellos llevaban líneas negras.

Su actitud les asemejaba más que á los habitantes de la isla de Haiti á los de la Guadalupe.

Pero á la energía y á la rudeza de los caribes, unian algo que demostraba mayor civilización en ellos que en los demás indígenas.

Apenas vieron entrar en el puerto las embarcaciones, prurrieron en espantosos gritos, comenzaron á moverse de un lado á otro, blandieron las lanzas, y todo hacia creer que estaban dispuestos á exterminar á los que se atrevían á llegar á sus ignotas playas.

A pesar de los deseos de Colon de mantener la paz, pensando que podían atribuir á cobardía y debilidad lo que solo era bondad en él, se resolvió á manifestar su poderío sobre ellos; y como los buques esta-

ban á bastante distancia de la playa, envió en los botes á unos cuantos soldados con flechas y arcabuces.

Dirigiéronse estos á la playa, al mismo tiempo que se disponían multitud de canoas á salir á su encuentro.

Pero al primer disparo de los arcabuces, fué tan grande el espanto que se apoderó de los indios, que corrieron precipitadamente atemorizados, al ver que algunos de ellos habian caído heridos bajo el plomo de las armas de los extranjeros.

Llegaron los soldados á tierra, desembarcaron y volvieron á disparar sus armas sobre los indios, los pusieron en precipitada fuga, y no contentos aún azuzaron á un perro de presa que llevaban, el cual les persigió con sanguinaria furia.

«Tal fué el primer ejemplo, dice un historiador, del uso de los perros entre los indios, que despues imitaron con fatales consecuencias los españoles en las guerras que sostuvieron con los infelices naturales del país.»

Libre el campo, desembarcó Colon; dió á la isla el nombre de Santiago y al puerto el de Puerto Bueno.

La playa y sus alrededores quedaron desiertos. Las chozas abandonadas.

Un silencio sepulcral habia sucedido á los gritos salvajes de los indígenas.

A la mañana siguiente, poco despues de amanecer, se presentaron varios indios en la costa haciendo señas de paz, según dijo Diego al almirante.

Eran, en efecto, otros tantos emisarios de los caciques, que, en vista del peligro que habian corrido, se habian reunido para ver lo que habian de hacer, y habian resuelto brindar amistad á los valientes extranjeros.

El almirante envió á Diego con algunos soldados para que les hablase.

Diego los llevó á bordo.

Colon les regaló espejos, cascabeles, cuentas de vidrios y abalorios para ellos y sus caciques, volvieron a tierra y aún no habia trascurrido una hora cuando los que el dia anterior se habian presentado de una manera tan hostil en la playa, sin armas y con las mayores muestras de alegría llenaron las risueñas campiñas de la costa, y surcando las aguas en ligeras canoas fueron hasta la carabela á ofrecer á los españoles todo cuanto tenian.

A pesar de vivir tan aislados, aquellos indios parecian más cultos, más ilustrados, en cuanto era posible, que los de las demás islas.

Sus manjares eran más suculentos y sazonados.

La fisonomía de aquellos hombres revelaba inteligencia, valor, serenidad.

Las mujeres eran bizarras, hermosas, y al visitar Colon algunas de las casas, vió en ellas muebles más perfectos, utensilios y objetos que indicaban cuán acertada era la opinion favorable que habia formado de ellos.

Hasta sus canoas, mejor construidas que las de

los otros indios, tenian adornos tallados en la popa y en la proa. (Ll)

Por lo que averiguó Colon cada uno de los jefes ó caciques de las tribus en que estaba dividida la isla, tenia una magnífica canoa en la que cifraba todo su orgullo.

La noticia de la llegada de los extranjeros cundió con rapidez por toda la isla.

Despues de haber hecho Colon provisiones de agua y haber calafateado el buque, recorrió la isla hácia el Occidente escoltado por canoas de indios que acudian á ofrecerle en cambio de sus cascabeles y su abalorio los mejores frutos de su país, y llegando al extremo occidental de la isla, no habiendo hallado oro en aquel país y soplando un viento favorable para volver á Cuba, resolvió el almirante regresar, deteniéndose en un golfo, al que dió el nombre de Golfo del Buen Tiempo.

Momentos antes de darse á la vela llegó á nado hasta la carabela de Colon un jóven indio perseguido por dos ó tres canoas.

El indio pidió al intérprete que influyese con su amo para que le admitiera á bordo y le llevase á su país.

Pero los que iban en las canoas prurrieron en gritos dolorosos y lastimeros ayes, y Colon no tardó en saber que eran deudos y amigos del jóven indígena, los cuales al ver el vivo deseo que se habia apoderado de él de abandonar para siempre su patria y acompañar á los extranjeros, con lágrimas en los ojos le suplicaban que no les abandonase.

Sus ruegos fueron inútiles.

Colon accedió á sus deseos, y despues de ofrecer á los parientes de Albigo, que así se llamaba el jóven indígena, que volveria cargado de regalos para ellos, dejándolos más tranquilos, se dió á la vela muy contento de llevar en su compañía á aquel jóven que tan simpático le era, razon por la cual dispuso que le trataran con las mayores consideraciones.

Capítulo LXVIII.

Ilusiones engañosas.

Al apartarse Colon de la costa de Jamáica se encaminó de nuevo á la de Cuba, llegó á un gran promontorio, al que dió el nombre de Cabo de la Cruz, y poco despues, divisando un gran grupo de chozas, se detuvo para visitar aquella ciudad, cuyo cacique no tardó en enviarle emisarios, los cuales le dijeron que hacia ya tiempo que sabian la llegada de los extranjeros á aquellas regiones, y que los estaban esperando.

Alentado por esta acogida saltó á tierra, visitó la poblacion, fué muy agasajado por el cacique, y supo que aquellas tierras, á las que habia dado el nombre de Cuba, se llamaban Macaeear por los naturales del país.